

una escuela donde no se aprende ciencia pura, sino fe en la convicción personal.

Los científicos obran de otro modo. Galileo fundó una nueva concepción del mundo; pero renegó de ella sonriente. La teoría de Darwin ha dado a todas las modernas teorías, ante todo a las religiones, la más fuerte lanzada; pero Darwin siguió dentro de la Iglesia que él mismo hirió de muerte. No; la ciencia, aun en su más pura y elevada forma, da sólo a la humanidad las armas para la lucha y para el progreso, sin preocuparse de cómo se aprovecharán estos medios. Nobel nos dió un arma: la dinamita, que sirve a la cultura en tanto que en la profundidad de las minas abre nuevas fuentes de energía, pero que, encerrada en granadas y torpedos, sirve para destruir esa misma cultura. La misma filosofía de Hegel, que en manos de su fundador fué apoyo del militarismo prusiano, se convirtió, en manos de su discípulo Marx, en la más poderosa arma de la revolución socialista.

Pero Marx no es para los cofrades profesoraes propiamente un científico, y, en cierto sentido, tienen razón. Pues quien se ocupa con el futuro puede equivocarse, y sólo quien permanece pegado al presente no yerra acaso jamás...

Así educa la ciencia a tener una concepción conservadora del mundo, sin desdeñar una alianza con el optimismo cobarde, pues, al punto que la «fantasmagoría del profano» se ha convertido en realidad, se convierte en objeto digno de que la ciencia lo defienda. Así, por ejemplo, mientras que nuestra joven República alemana parecía representar una fuerza, no había voz de profesor que se alzase por la Monarquía vencida. La «científica guardia de corps de los Hohenzollern» sólo recobró el uso de la palabra cuando se dió cuenta de tener detrás de ella la compacta mayoría. Gentes que hoy me injurian a causa de mi actitud durante la guerra, me propusieron entonces, reconociendo la realidad de las circunstancias, para ser nombrado profesor supernumerario.

Si el profesor ideal no es, por lo común, y sólo por excepción, lo que según su nombre debiera ser, es decir, un confesor; hay que tener también en cuenta que no es lo mismo la ciencia que el científico. Los hombres que profesan la ciencia están también presos en las redes de las pequeñas miserias humanas, y no se distinguen de la masa de sus hermanos no científicos, que con toda paz y tranquilidad trabajan, ganan dinero y desean vivir cómodamente.

Cuando los sabios de Europa, antes de las revoluciones de marzo de 1848, carecían de todas estas cosas, y, mal

pagados, vivían en un estado en el cual sólo valían la nobleza, los dignatarios y los militares, eran, como hoy el proletariado, revolucionarios y progresistas, porque veían que el derrocamiento de los antiguos poderes sólo ventajas podía traerles. Pero he aquí que ya hace cuarenta años que están sentados a la áurea mesa del banquete de la vida, y que el Estado les proporciona oro, dignidades y honores; la industria les da oro, plazas de consejeros, y los magnates del carbón les levantan magníficos laboratorios; así es que el más pequeño profesor ordinario de la más pequeña Universidad se cree, no sin faltarle del todo razón, un gran rey. Están ahitos, y el principio: «Alto, cuando ya se ha hecho la carrera», rige, no sólo para los individuos, sino para toda la clase de ellos. Saben muy bien, o instintivamente lo sienten, que cualquier nuevo rumbo no mejorará su situación. ¿Qué tiene, pues, de extraño si han de alabar al que les da el pan, que sólo unos cuantos idealistas—más raros en las academias que en otras partes, por los motivos indicados—luchen por el bien mismo? Toda una clase no se compromete a eso, y como el postillón odiaba a los ferrocarriles, así odia el promedio de los profesores toda reforma social.

El espíritu de la verdad ha transformado sólo a pocos hasta el punto de hacerles obrar en contra de sus intereses personales. Estos pocos no son, precisamente por haber abarcado la ciencia como totalidad, especialistas, por lo cual, debido a la exageración de hoy día por la puramente mecánica especialización, no es tarea difícil para los científicos oficiales la de desacreditar a estos inadaptados, tachándolos de poco científicos. Hacen esto como principio, lo mismo en los casos en que estos investigadores extrauniversitarios lleguen a sus resultados perfectos técnicocientíficos. *La leyenda de Lessing*, de Mehring, por ejemplo, es, en forma y contenido, una obra perfecta; trata la época a que se refiere desde amplios puntos de vista, y trabaja las fuentes con cuidadosa escrupulosidad. Es un libro clásico en la literatura universal, y, sin embargo, hasta ahora no ha sido ni siquiera citado una vez por ningún representante oficial de la ciencia histórica. Contra este boicot oficial no hay genio que se salve (menos aún en las cien-

cias del espíritu, donde los resultados no son tan evidentes como en las exactas físiconaturales), pues la gran masa culta pone su debido respeto por la ciencia en las personas de sus representantes oficiales, y cuando el señor consejero secreto Eduard Meyer dice que un libro es malo, no hay remedio, y es malo.

No hay que tomar a mal a los científicos el que sean hombres esclavos sometidos a las flaquezas humanas. Pero sí puede echárseles en cara el que utilicen conscientemente la ciencia, que por su naturaleza significa verdad, para la mentira. Así han hecho durante la guerra, lo siguen haciendo hoy, sin sentir siquiera vergüenza. Cuando, por ejemplo, el actual rector de la Universidad de Berlín, el historiador Eduard Meyer, ensalzado hasta los cielos por los pangermanistas, el que incita a sus estudiantes nacionalistas al *sabotage* de los cursos de aquellos profesores no gratos, el que quisiera expulsar de las Universidades a los extranjeros, soporta con envidiable tranquilidad los cargos de falsario y calumniador, es ya cosa mala. Pero aún es peor ver cómo sus compañeros, los estudiantes y la opinión pública no toman a mal estas mentiras, sino que las disculpan como un medio lícito en la lucha política. Todo lo cual es una señal sospechosa de decadencia moral y científica.

No por ser los científicos reaccionarios hay que criticarles, sino por mal usar, convirtiéndolo en instrumento de mentira, un instrumento de verdad, pues si tales prácticas se asientan, no podrá la ciencia ni siquiera ser lo que hasta aquí, es decir, cuando menos, un medio indirecto para el progreso de la humanidad.

G. F. NICOLAI

## LUNITA BLANCA

*Lunita delgada y clara  
que a verte con ella vas,  
si por mí te preguntara,  
lunita, ¿que le dirás?*

*Dile mi amor verdadero,  
que bien lo sabrás cumplir.  
Mas, todo lo que la quiero,  
nunca lo podrás decir.*

*Lunita de la laguna,  
donde rendida y cortés,  
mi alma se deshoja en luna  
para besarte los pies.*

*Para calmar sus rígores,  
alumbra más dulce y bella,  
lunita de mis amores,  
tan parecida con ella.*

LEOPOLDO LUGONES

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

**LA DESPENSA**  
New England La Gran Vía